

**Narrativa** Marcos Giralt Torrente bucea en las complejas relaciones de familia y el peso determinante del pasado a partir de su propia experiencia. Un libro descarnado, sin coartadas, a caballo entre la autobiografía y la novela

# Las palabras calladas

**Marcos Giralt Torrente**  
**Tiempo de vida**

ANAGRAMA  
208 PÁGINAS  
17 EUROS

**J.A. MASOLIVER RÓDENAS**

Cada vez son más escasos los escritores ajenos a las exigencias de los editores, a las tentaciones del protagonismo literario y a la escritura como espectáculo y que, por lo mismo, cada vez merecen más respeto. Pienso en autores tan distintos como Julián Ríos, Justo Navarro o J.A. González Sainz, de obra relativamente escasa, producto siempre de una independencia y una exigencia cuyo resultado más visible es la fertilidad del sacrificio y la no menos feliz conjunción de ética y estética. Marcos Giralt Torrente (Madrid, 1968) es, con todos los méritos, otro de ellos. La medida de su sentido autocrítico y de su ri-

## Un padre ausente, recobrado

**LAURA FREIXAS**

En 1964, Simone de Beauvoir publica un libro insólito, *Una muerte muy dulce*, relatando la enfermedad y muerte de su madre y, al hilo de ello, la relación –nada fácil– entre ambas. *Una muerte muy dulce* causó sensación porque en vez de ensalzar y edulcorar la figura materna al modo convencional (como Albert Cohen en *El libro de mi madre*, 1954), exponía crudamente los conflictos. Desde entonces se han multiplicado ese tipo de testimo-

vacilantes, *Tiempo de vida* adquiere velocidad de crucero para retratar con fuerza a un personaje que resultará familiar a muchos: el padre divorciado que, aunque quiere a su hijo, no sabe muy bien cuál es su lugar, su papel, o quizá sí lo sabe, pero le resulta más cómodo no desempeñarlo. Juan Giralt (1940-2007) es un pintor de discreto éxito, un hombre culto, burgués convertido en bohemio, mujeriego, divertido, aunque en el fondo melan-

## Hoy el abismo entre hijos y progenitores nace del abandono, la ausencia o la irresponsabilidad

cólico, vulnerable y un punto cobarde. Cómo ha cambiado el enfrentamiento entre generaciones: ahora ya no es, como lo fue tanto tiempo, entre padres conservadores e hijos progresistas, sino entre padres e hijos de parecidas ideas y modos de vida, separados por otra cosa: el abandono, la ausencia, la irresponsabilidad de un progenitor cuyo *progresismo* se traduce en seguir el principio de placer más que el sentido del deber.

Hasta que cae enfermo. Las dificultades de la nueva situación dejan al descubierto el egoísmo y cobardía de su segunda mujer (al menos en interpretación del autor, quizá no del todo imparcial en este punto), y entonces... ¿quién acompaña al enfermo a las sesiones de quimioterapia, quién le lleva al cine, le da conversación, le engaña piadosamente, se ocupa de todos los asuntos prácticos? Su hijo. La proximidad de la muerte permitirá a padre e hijo hacer lo que no consiguieron en la plenitud de la vida: demostrarse su afecto, perdonarse. De ahí una reconciliación cuya emotiva y luminosa nobleza (no hay un gramo de cursilería en las inspiradísimas páginas finales) ponen un gran broche a este, en definitiva, magnífico libro.



gor la da la distancia que hay entre su único libro de relatos *Entiéndame*, abiertamente elogiado por la crítica pese a tratarse de la obra de un desconocido, y sus novelas, así como la relación y la distancia entre *París*, *Los seres felices* y, ahora, *Tiempo de vida*. En los relatos, lo poco que pueda haber de autobiográfico se entiende como ficción, y en ningún momento confundimos autor con narrador. Se centran todos ellos en las relaciones de pareja, donde los protagonistas son adultos y se sitúan en el presente más o menos inmediato. En las novelas aparecen una serie de aportaciones determinantes para dar al relato hondura y autenticidad. Es fácil identificar al narrador con el

nios: *Mi padre y yo* de J.R. Ackerley (1968), *Desgracia impenable* de Peter Handke, sobre el suicidio de su madre (1971), *La invención de la soledad* de Paul Auster, *Mi madre* de Richard Ford (ambos de 1988), *Una mujer* (1989) de Annie Ernaux, *Patrimonio* de Philip Roth (1991), *Con mi madre* de Soledad Puértolas (2001), *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince (2005)... A esta selecta nómina acaba de añadirse Marcos Giralt Torrente con una evocación de su padre.

Pasado el título anodino y unas primeras páginas algo

propio Giralt Torrente; el pasado tiene un peso determinante como proyección sobre el presente o como camino de revelación; los personajes están marcados por la orfandad o por la separación; y hay una conflictiva relación del hijo –de un modo u otro siempre hijo único– con sus padres, en forma de atracción o de rechazo, de rencor o de comprensión.

Novelas marcadamente autobiográficas pero con notables variaciones entre ellas. En el caso de *Tiempo de vida* se trata, sobre todo, de que ahora la biografía no está al servicio de la ficción sino que estamos ante una obra autobiográfica que se sirve de los recursos de la narración para crear un efecto más impactante, de modo que, como ocurre en otros narradores contemporáneos, se establece una clara diferencia entre creación e invención. Nada o muy poco hay de inventado, pero el relato tiene un *pathos*, una creciente tensión, una verdad psicológica que difícilmente se puede alcanzar si no es abriendo la posibilidad de que lo real tenga la verosimilitud de lo ficticio. Así, se elimina el narcisismo de toda autobiografía, y lo que nos interesa no es tanto lo que le pasa concretamente al autor, sino lo que el lector pueda sentir en torno a la siempre compleja relación entre padres e hijos.

En este caso, entre padre e hijo, si bien la madre y en cierto modo la joven esposa tienen también una presencia notable. Una relación que interesa tanto como la progresiva madurez del narrador y el carácter de *work in progress* que tiene el texto. Una novela –si aceptamos su condición de novela– psicológica, pero, dado que el padre es pintor y el hijo escritor, también sobre la condición del artista y la naturaleza del arte. Condición que determina no sólo la relación entre ellos, sino la indagación sobre sí mismos. Resulta inevitable que el hijo sienta respeto por la actitud de su padre ante la pintura. Juan Giralt, nacido en Madrid en 1940, fue un pintor en continua experimentación, que conoció el éxito y el fracaso y, como el propio Giralt Torrente, “anhelaba la sencillez (a veces la complicación sencilla), pero la conseguía a través de un tortuoso camino de trabajo”. Una tortuosidad paralela a la de su carácter: erotómano, incapaz de expresar sus verdaderos sentimientos, preocupado hasta la muerte por la imagen que podía dejar y vencido por la incompreensión, la enfermedad y el fracaso amoroso. Y es de la fragilidad y la derrota que nace la superación de la mezquindad y la grandeza de un reencuentro, sin por ello librarnos del desgarrador desamparo provocado por la culpa y la pérdida.

Una novela auténtica, intensa y descarnada, sin ninguno de los tópicos a los que se presta el tema de las relaciones de familia. |